

De David a la división del reino

Una casa prometida «para siempre» y un reino partido que Dios afligió «pero no para siempre»

Serie «Israel, el pueblo de Dios» · Estudio 4

Resumen

Este cuarto estudio recorre la historia de Israel desde la unción de David en Hebrón hasta la ruptura del reino bajo Roboam y Jeroboam, y muestra que la promesa de restauración atraviesa la etapa entera: Dios prometió a David una casa «para siempre» y, al dividir su reino, fijó al juicio un límite, «pero no para siempre» (1 R 11:39). La oración de Salomón prevé ya el cautiverio y el regreso del corazón (1 R 8:46–53), y los profetas y Pablo esperan un hijo de David bajo el cual Judá y Efraín vuelvan a ser un solo pueblo (Ez 37:15–28; Ro 11:26). El estudio distingue a *Israel* como pueblo completo, a *Israel* como reino del norte (Efraín, luego Samaria) y a *Judá* como reino del sur (Judá y Benjamín, casa de David), e integra la arqueología del siglo x a. e. c. con sus debates y la liturgia judía.

Palabras clave: David, Salomón, pacto davídico, templo, Sion, división del reino, Efraín, Judá, Romanos 11.

1. Introducción

¿Puede una promesa «para siempre» sobrevivir a un reino que se parte en dos a la tercera generación? En 2 S 7 Dios promete a David que su casa, su reino y su trono serán firmes «para siempre» (עַד-עוֹלָם, *ad olam*). Menos de un siglo después, diez tribus rechazan a su nieto con el grito «¿Qué parte tenemos nosotros con David?» (1 R 12:16). Desde entonces la Biblia habla de dos reinos, y los profetas anunciarán que volverán a ser uno bajo un rey de la casa de David (Ez 37:22, 24).

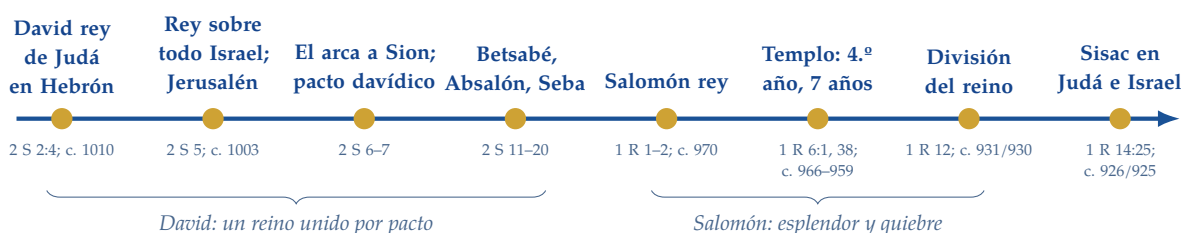
El pacto con David no sustituye la vocación de Israel como «reino de sacerdotes y nación santa» (Éx 19:6); la concentra en un rey, una ciudad y una casa de oración «para todos los pueblos» (1 R 8:41–43; Is 56:7). La división, a su vez, reproduce lo que la serie viene observando desde Abraham, un pecado que acarrea juicio y un juicio al que la propia promesa pone límite. Ahías de Silo lo formula al anunciar la ruptura: «afligiré a la descendencia de David por esto, pero no para siempre» (1 R 11:39). En esa frase, y en la oración con que Salomón dedica el templo pensando ya en un pueblo cautivo que vuelve, la restauración aparece antes de que el exilio ocurra, y desde ahí la retomarán los profetas hasta que Pablo pregunte si Dios ha desechado a su pueblo (Ro 11:1).

Tres sentidos de «Israel» desde este estudio

En Samuel y Reyes, «Israel» puede designar al pueblo completo de las doce tribus (2 S 7:10; 1 R 8:62) o a las tribus del norte, que desde c. 931 a. e. c. forman el reino de Jeroboam, con centro en Efraín y, desde Omri, capital en Samaria (1 R 12:20; 16:24). «Judá» es la tribu y, desde la división, el reino de Judá y Benjamín con la casa de David (1 R 12:21); en 1 R 12:1, 16 y 20 «todo Israel» son solo las tribus del norte. Aquí se escribe «Israel (norte)», «reino del norte» o «Efraín» para ese segundo sentido. Las citas son traducción propia desde el hebreo (BHS) y el griego (NA28; Septuaginta según Rahlfs-Hanhart), con la numeración hebrea entre corchetes cuando difiere.

2. Marco cronológico

La cronología descansa sobre 1 R 6:1, que sitúa el comienzo del templo en el cuarto año de Salomón, y sobre las cifras de reinado: David reinó siete años y medio en Hebrón sobre Judá y treinta y tres en Jerusalén «sobre todo Israel y Judá» (2 S 5:4–5), y Salomón cuarenta (1 R 11:42). Con la cronología de Thiele (1983), que sigue esta serie, la división cae en 931/930 a. e. c.; la escuela de Albright prefería c. 922. El primer sincronismo externo es la campaña de Sisac en el quinto año de Roboam (1 R 14:25), aunque las fechas de Sheshonq I también se discuten (Kitchen, 1986).



Nota. Elaboración propia. Fechas aproximadas a. e. c. según Thiele (1983); otras cronologías bajan la división a c. 922.

3. Contexto histórico y arqueológico

Desde los años noventa, la «cronología baja» de Israel Finkelstein rebaja unos ochenta años los estratos del siglo x, atribuye sus obras monumentales a los omridas del norte y hace de David y Salomón jefes de un reino pequeño de las montañas de Judá (Finkelstein, 1996; Finkelstein y Silberman, 2006). Amihai Mazar (2010) defiende una «cronología convencional modificada», y Kitchen (2003) argumenta que un reino pequeño pudo crecer rápido mientras Egipto y Asiria estaban débiles.

El hallazgo más firme es la **Estela de Tel Dan** (c. 840 a. e. c.), inscripción aramea descubierta en 1993–1994 por Avraham Biran en la ciudad donde Jeroboam puso uno de sus becerros. Su autor, probablemente Hazael de Damasco, dice haber matado a [Jo]ram hijo de [Acab], «rey de Israel», y a [Ocoz]ías, rey de בית דוד (*bytdwd*), «la casa de David» (Biran y Naveh, 1993, 1995). Es la primera mención segura de David fuera de la Biblia, y respalda desde fuera la distinción que sigue este estudio: un rey extranjero conocía dos reinos, «Israel» y la «casa de David», es decir, Judá nombrado por su dinastía. En la línea 31 de la Estela de Mesa, muy dañada, Lemaire (1994)

reconstruyó también *b[t]dwd*, pero Finkelstein, Na'aman y Römer (2019) propusieron leer allí un nombre propio, posiblemente Balac, y esa lectura no debe usarse como prueba firme.



Nota. Elaboración propia: costas, lagos y ríos GSHHS/WDB y relieve sombreado (Basemap); ubicaciones antiguas aproximadas. Línea discontinua: frontera aproximada entre Israel (norte) y Judá (sur).

Khirbet Qeiyafa, sobre el valle de Elá (1 S 17), excavada por Garfinkel y Ganor entre 2007 y 2013, es una ciudad fortificada de c. 1020–980 a. e. c. con muralla de casamatas y dos puertas, que los excavadores relacionan con Saaraim, «dos puertas» (1 S 17:52); no aparecieron huesos de cerdo, frecuentes en las ciudades filisteas (Garfinkel et al., 2016). Finkelstein y Fantalkin (2012) aceptan la fecha pero atribuyen la ciudad a otra entidad, quizá ligada a Saúl, de modo que el sitio prueba que alguien fortificaba a gran escala en tiempos de David, y lo que se discute es quién. En Jerusalén, la ciudad de David ocupaba la colina oriental sobre el manantial de Guijón (2 S 5:6–9), y la estructura escalonada de piedra de la ladera se identifica a veces con el מִלּוֹ (Miló, 2 S 5:9; 1 R 9:15). Eilat Mazar identificó la Gran Estructura de Piedra de la cima con el palacio de 2 S 5:11 (Mazar, 2006), y Finkelstein et al. (2007) objetaron que los restos son de varias épocas; la identificación es posible, no demostrada. Del templo de Salomón no hay restos excavados, y los paralelos más cercanos de su planta tripartita son templos sirios como el de Ain Dara (Monson, 2000). Las puertas de seis cámaras de Hazor, Meguido y Gezer, que Yadin (1958) atribuyó a Salomón a partir de 1 R 9:15, fueron fechadas por Finkelstein (1996) en el siglo ix; el radiocarbono no ha cerrado la cuestión. Poco después de la ruptura, Sheshonq I grabó en Karnak una lista de unos ciento cincuenta topónimos del Levante (Kitchen, 1986). Jerusalén no figura en las partes legibles, lo que concuerda con el rescate de 1 R 14:25–26, y la lista incluye ciudades del reino del norte, cuyo rey Jeroboam había sido asilado por el propio Sisac (1 R 11:40).

4. Desarrollo bíblico

4.1 Un reino unido por pacto

Tras la muerte de Saúl, «vinieron los hombres de Judá y ungieron allí a David como rey sobre la casa de Judá» (2 S 2:4), mientras Abner proclamaba a Is-boset rey «sobre todo Israel» (2 S 2:9), un «Israel» que aquí significa las tribus del norte y de Transjordania. Siete años y medio después vinieron a Hebrón «todas las tribus de Israel» y dijeron: «Henos aquí, hueso tuyo y carne tuya somos. [...] Y el rey David hizo pacto con ellos en Hebrón delante de YHWH» (2 S 5:1, 3). La adhesión de un pueblo que se reconoce emparentado se sella, con todo, con un בְּרִית (*berit*) entre el rey y los ancianos del norte (McCarter, 1984; Alter, 1999), y en Siquem los ancianos del norte pedirán renegociar ese pacto (1 R 12:4). La unidad bajo David descansaba, por tanto, en un acuerdo entre dos entidades que se sabían un solo pueblo. Absalón se hizo proclamar rey precisamente en Hebrón (2 S 15:10) y «robaba el corazón de los hombres de Israel» (15:6); tras su muerte, los hombres de Israel reclamaron ante los de Judá «diez partes tenemos nosotros en el rey» (2 S 19:43 [19:44]), y el benjaminita Seba tocó el shofar con un grito que reaparecerá en Siquem, «No tenemos parte en David ni heredad en el hijo de Isaí. ¡Cada uno a sus tiendas, Israel!» (2 S 20:1).

David tomó «la fortaleza de Sion, que es la ciudad de David» (2 S 5:7), plaza jebusea en la frontera entre Judá y Benjamín (Jos 15:8; 18:16) que no pertenecía a ninguno de los dos bloques, y subió a ella el arca, el trono de YHWH «que mora entre los querubines» (2 S 6:2). Desde entonces Sion es el lugar que Dios «escogió» para habitar (Sal 132:13–14). El Sal 78 interpreta ese traslado como una elección entre norte y sur: Dios «desechó la tienda de José y no escogió la tribu de Efraín, sino que escogió la tribu de Judá, el monte Sion, al cual amó [...] y eligió a David su siervo» (Sal 78:67–70). Silo, el santuario de Efraín, había quedado atrás (Sal 78:60; Jer 7:12), y Sion nació así como principio de unidad y, para Efraín, como fuente de resentimiento.

4.2 El pacto davídico: una casa para David

En 2 S 7 se encuentra el centro de gravedad de la etapa. David quiere construir una casa para el arca, pero Natán recibe otra palabra, y el capítulo juega con בַּיִת (*báyit*), «casa», que pasa de designar el palacio (7:2) y el templo (7:5, 13) a nombrar la dinastía: «YHWH te hace saber que YHWH te hará casa» (7:11). David quería dar a Dios una casa, y es Dios quien termina dándosela a él:

הוּא יִבְנֶה-בַּיִת לְשִׁמִּי וְכִנְנִתִּי אֶת-כִּסֵּא מַמְלַכְתּוֹ עַד-עוֹלָם
אֲנִי אֶהְיֶה-לּוֹ לְאָב וְהוּא יִהְיֶה-לִּי לְבֵן

Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Si hace mal, yo lo castigaré con vara de hombres [...]; pero mi misericordia no se apartará de él, como la aparté de Saúl. Y será firme tu casa y tu reino para siempre delante de ti, y tu trono será estable para siempre.

(2 S 7:13–16)

El vocabulario de la solidez remite a quien promete. «Firme» es נָאֶמָן (*ne'emán*), de la raíz de *emuná* (Gn 15:6), y «estable» y «afirmaré» proceden de *kun*, «establecer»; Isaías hablará de חֲסִדֵי דָוִד הַנְּאֻמִּים, «las misericordias firmes de David» (Is 55:3). Lo decisivo para la restauración está en la cláusula del castigo, porque el hijo puede pecar y ser disciplinado sin que la חֶסֶד (*jésed*) se aparte de él (7:14–15). La obediencia decide si cada rey disfruta la promesa (1 R 2:4; 9:4–7; Sal 132:12), pero no si la promesa subsiste, y por eso, aunque la palabra *berit* no aparece en 2 S 7, la Escritura llama a esta promesa «pacto perpetuo» (בְּרִית עוֹלָם, 2 S 23:5; cf. Sal 89:3 [89:4]; Jer 33:21). עוֹלָם designa un tiempo sin límite a la vista más que una eternidad metafísica, y el Sal 89 lo refuerza con el cosmos: el trono de David será «como el sol delante de mí, como la luna» (Sal 89:36–37 [89:37–38]), igual que Jer 31:35–37 ataba la permanencia de Israel a la creación. El rey, por su parte, es hijo de Dios por adopción, como Israel es «mi hijo, mi primogénito» (Éx 4:22; cf. Sal 2:7). La Septuaginta traduce ἐγὼ ἔσομαι αὐτῷ εἰς πατέρα, καὶ αὐτὸς ἔσται μοι εἰς υἱόν, frase que cita Heb 1:5 y que Pablo extiende a toda la comunidad (2 Co 6:18).

Perla filológica · las casas de 2 S 7

El capítulo gira en torno a בַּיִת (*báyit*), y el juego de sentidos explica por qué la restauración de Israel quedará ligada a la casa de David.

Texto	Formulación	Sentido de «casa»
7:2	«Yo habito en casa de cedro, y el arca de Dios entre cortinas»	Palacio de David
7:5	«¿Tú me edificarás casa en que yo habite?»	Templo para YHWH
7:11	כִּי־בֵית יַעֲשֶׂה־לְךָ יְהוָה «YHWH te hará casa»	Dinastía de David
7:13	«Él edificará casa a mi nombre»	Templo, obra del hijo
7:16	«Será firme tu casa y tu reino para siempre»	Dinastía «para siempre»
Am 9:11	אָקִים אֶת־סֶכֶת דָּוִד הַנִּפְלֹתָ	La casa caída, ya solo «tienda», será levantada (Hch 15:16)

David quería dar a Dios una casa y es Dios quien se la da a David. Cuando la casa davídica caiga, los profetas no anunciarán otra dinastía, sino que Dios levantará la misma, y esa promesa es la que Santiago ve cumplirse con la entrada de las naciones.

La casa prometida queda herida casi enseguida. Natán confronta a David por Betsabé y Urías con un «tú eres ese hombre» (*atá ha-ish*, 2 S 12:7), David responde חָטָאתִי לַיהוָה (*jatati la-YHWH*), «he pecado contra YHWH» (12:13), y llegan juntos el perdón y la consecuencia: «no morirás», pero «no se apartará jamás la espada de tu casa» (12:10, 13). El Sal 51, que la tradición sitúa en este momento, pide con el verbo de Gn 1:1 un corazón limpio y «un espíritu firme» (*najón*, el adjetivo del trono «estable» de 2 S 7:16); la conexión es una observación propia, pero sugiere que la estabilidad de la casa pasa por un corazón renovado, lo que Jeremías y Ezequiel anunciarán para todo el pueblo (Jer 31:33; Ez 36:26). El hijo nacido después del perdón, Salomón, recibe de Dios el nombre יְדִידְיָה (*Yedidyá*), «amado de YH» (2 S 12:25), y la sucesión pasa así por la gracia. Samuel termina con el censo, la peste y el altar en la era de Arauna el jebuseo, que David compra diciendo: «No ofreceré a YHWH mi Dios holocaustos que no me cuesten nada» (2 S 24:24). Crónicas identifica

ese lugar con el del templo y con el monte de la Akedá: Salomón edificó «en el monte Moriah [...], en la era de Ornán el jebuseo» (2 Cr 3:1), de modo que Abraham, David y el templo convergen en un mismo sitio.

4.3 Salomón y el Primer Templo

En Gabaón, Salomón pide לֵב שֹׁמֵעַ (*lev shoméa*), «un corazón que escucha» (1 R 3:9), con el verbo del Shemá, y el narrador evoca su reinado con resonancias patriarcales: «Judá e Israel eran muchos, como la arena que está junto al mar» (1 R 4:20; Gn 22:17), y vivían «cada uno debajo de su vid y de su higuera» (1 R 4:25 [5:5]), imagen que Miqueas devolverá como promesa de los últimos días (Mi 4:4). El templo comenzó «el año cuatrocientos ochenta después que los hijos de Israel salieron de Egipto» (1 R 6:1), y la casa de YHWH aparece así como meta del Éxodo (Éx 15:17). Ante su entrada se alzaban dos columnas, יָצִין (*Yajín*, «él establecerá», de la raíz *kun* de 2 S 7:13, 16) y בֹּאֵז (*Bóaz*) (1 R 7:21) (Cogan, 2001). La dedicación se celebró «en el mes séptimo, en la fiesta» (8:2), es decir, en Sucot, y sucedió lo mismo que en el tabernáculo (Éx 40:34–35):

וְהָעֲנַן מָלֵא אֶת־בֵּית יְהוָה [...] כִּי־מָלֵא כְבוֹד־יְהוָה אֶת־בֵּית יְהוָה

La nube llenó la casa de YHWH, y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube, porque la gloria de YHWH había llenado la casa de YHWH.

(1 R 8:10–11)

Esa gloria es uno de los dones de Israel que enumera Ro 9:4. Salomón, sin embargo, se cuida de sugerir un Dios encerrado entre muros: «los cielos de los cielos no te pueden contener; ¡cuánto menos esta casa!» (1 R 8:27). El templo es el lugar donde Dios pone su nombre y hacia donde se ora (8:29–30).

4.4 Una oración que prevé el exilio y el regreso

La oración de dedicación (1 R 8:22–53) enumera siete situaciones en que Israel orará hacia esa casa. La segunda habla ya de regreso, pues si el pueblo, derrotado por su pecado, se vuelve a Dios, «vuélvelos a la tierra que diste a sus padres» (8:33–34). La última es el cautiverio:

וְהָשִׁיבוּ אֶל־לִבָּם בְּאֶרֶץ אֲשֶׁר נָשְׁבוּ־שָׁם וְשָׁבוּ וְהִתְחַנְּנוּ אֵלַיךְ

Si pecaren contra ti, porque no hay hombre que no peque, y los entregares delante del enemigo para que los lleven cautivos, [...] y ellos volvieren en sí en la tierra adonde fueron llevados cautivos, y se convirtieron y oraren a ti [...] diciendo: Pecamos, hemos hecho lo malo, hemos cometido impiedad; y oraren a ti con el rostro hacia su tierra, [...] hacia la ciudad que tú elegiste y la casa que he edificado a tu nombre, tú oirás en los cielos [...] y les harás hallar misericordia delante de los que los llevaron cautivos.

(1 R 8:46–48, 50)

El hebreo entrelaza שׁוּב (*shuv*, «volver»: *ve-heshivu el libbam, ve-shavu*) con שָׁבָה (*shavá*, «llevar cautivo»: *nishbu*), y el juego de sonidos dice lo que el texto enseña: al cautiverio lo vence un regreso

del corazón que precede al regreso a la tierra, como en Dt 30:1–5. En la fiesta de su máxima gloria, Israel ora ya por su exilio y su vuelta, y funda la súplica en el Éxodo: «ellos son tu pueblo y tu heredad, que tú sacaste de Egipto, de en medio del horno de hierro» (8:51; Dt 4:20).

4.5 La reina de Sabá y las naciones

La reina de Sabá viene del sur de Arabia, ve la sabiduría de Salomón y bendice a YHWH: «por cuanto YHWH ha amado siempre a Israel, te ha puesto por rey, para que hagas derecho y justicia» (1 R 10:9). Es una extranjera quien mejor entiende para qué existe el rey. Isaías hará de la escena una imagen de la restauración: «Andarán las naciones a tu luz [...]; vendrán todos los de Sabá; traerán oro e incienso, y publicarán alabanzas de YHWH» (Is 60:3, 6; cf. Sal 72:10). Jesús la nombra como testigo: «he aquí más que Salomón en este lugar» (Mt 12:42).

4.6 Las causas de la división

Salomón multiplicó caballos, mujeres y oro (1 R 10:14, 26–29; 11:3), lo que Dt 17:16–17 prohibía al rey. «Sus mujeres desviaron su corazón tras dioses ajenos» (1 R 11:4), y el juicio se anuncia ya acotado: «Romperé de ti el reino [...]; sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; daré una tribu a tu hijo por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén» (11:11–13). A la idolatría se sumó la opresión. Salomón impuso מַס (mas), leva de trabajo forzado, «a todo Israel» (1 R 5:13 [5:27]), la palabra de Éx 1:11 para los tributos de Egipto: el rey trató a su propio pueblo como lo había hecho el faraón. 1 R 9:20–22 dice que la servidumbre permanente recayó sobre los cananeos, y muchos intérpretes distinguen entre ella y una prestación por turnos de los israelitas (Cogan, 2001); para el norte, esa distinción no bastó, y en Siquem diría: «Tu padre agravó nuestro yugo» (12:4). Jeroboam, efraimita, dirigía la leva de «la casa de José» (1 R 11:28), y a él salió Ahías, de Silo, el antiguo santuario de Efraín, y rasgó su manto nuevo en doce pedazos: «Toma para ti diez pedazos, porque así dijo YHWH Dios de Israel: He aquí que yo rompo el reino de la mano de Salomón, y a ti te daré diez tribus [...]. Y a su hijo daré una tribu, para que mi siervo David tenga lámpara todos los días delante de mí en Jerusalén» (1 R 11:31, 36). A Jeroboam se le ofrece, si obedece, «casa firme (בֵּית נִצָּחֵן), como la edificué a David» (11:38), con el mismo adjetivo de 2 S 7:16. Diez más una no suman doce, y se ha explicado que Judá se da por supuesta y la «una» es Benjamín, que Judá había absorbido a Simeón o que Leví no se cuenta; 1 R 12:21 llama al reino del sur «la casa de Judá y la tribu de Benjamín», la tribu a la que dirá pertenecer Pablo (Ro 11:1), aunque Benjamín quedó partida, pues Betel, benjaminita (Jos 18:22), fue santuario del norte. El oráculo se cierra fijando el alcance del juicio:

Y yo afligiré a la descendencia de David a causa de esto, pero no para siempre.

(1 R 11:39)

La última frase, לֹא כָּל־הַיָּמִים (aj lo jol ha-yamim), dice literalmente «pero no todos los días». La división es un juicio con plazo, y la «lámpara» (נִיר, nir, 11:36; 2 R 8:19), continuidad mínima de la dinastía, mantiene encendida la promesa mientras haya un hijo de David en Jerusalén (cf. Sal 132:17).

El desenlace llega en Siquem, donde Josué había renovado el pacto y adonde «todo Israel», aquí las tribus del norte, había venido para hacer rey a Roboam (1 R 12:1). Que el norte exigiera la coronación allí revela que entendía la monarquía como un acuerdo renegociable, igual que en Hebrón. Los ancianos pidieron aliviar el yugo, Roboam siguió el consejo de los jóvenes y prometió castigarlos «con escorpiones» (12:14), y el narrador añade que «la causa venía de YHWH» (12:15). El norte retoma entonces el grito de Seba y le añade una línea: «¡Israel, a tus tiendas! ¡Provee ahora en tu casa, David!» (12:16). La palabra de 2 S 7 vuelve como fórmula de rechazo. Adoram, jefe de la leva, muere apedreado, «y así se apartó Israel de la casa de David hasta hoy» (12:18–19). Jeroboam es rey «sobre todo Israel», esto es, sobre el norte, y solo Judá sigue a David (12:20); cuando Roboam reúne a Judá y Benjamín para la guerra, Semaías lo detiene: «No peleéis contra vuestros hermanos, los hijos de Israel» (12:24). Consumada la ruptura, siguen siendo hermanos.

Jeroboam temió que, si el pueblo subía a ofrecer sacrificios en Jerusalén, «el corazón de este pueblo se volverá a su señor Roboam» (12:27), e hizo dos becerros de oro: «He aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto» (12:28). La frase calca la de Aarón en el Sinaí (Éx 32:4), y el reino del norte nace reproduciendo el primer pecado del pueblo redimido. Los puso en Betel, donde Jacob había visto la escalera (Gn 28:19), y en Dan (Jue 18:30), nombró sacerdotes «que no eran de los hijos de Leví» (12:31) y fijó una fiesta el día quince del mes octavo, copia de Sucot desplazada un mes, «que él había inventado de su propio corazón» (12:32–33). Aunque muchos especialistas ven en ellos pedestales del Dios invisible (Cogan, 2001), el narrador hace del «pecado de Jeroboam hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel» el estribillo con que juzga a cada rey del norte (1 R 15:30; 2 R 17:21–22). En Tel Dan, Biran excavó un recinto cultual con una gran plataforma cuyas fases antiguas se relacionan con este período, aunque la fecha de cada fase se discute. Según 2 Cr 11:13–17, sacerdotes, levitas y «los de todas las tribus de Israel que habían puesto su corazón en buscar a YHWH» se pasaron entonces a Judá, y la migración siguió bajo Asa (2 Cr 15:9) y Ezequías (2 Cr 30). El reino del sur acogió así también a israelitas del norte que optaron por el culto de Jerusalén, dato que el Estudio 5 retomará.

5. Israel como nación santa y reino de sacerdotes

En esta etapa el llamado de Éx 19:6 adquiere rostro concreto. David sube el arca ceñido con un efod de lino, vestidura sacerdotal (1 S 2:18), ofrece sacrificios y bendice al pueblo (2 S 6:14–18), y el Sal 110:4 proclama al rey «sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec», el rey-sacerdote de Salem (Gn 14:18; Heb 5–7). Salomón ora por el extranjero (*nojrí*) que venga por causa del nombre de Dios, «a fin de que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre» (1 R 8:41–43, 60), oración que Isaías convertirá en promesa, «mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos» (Is 56:7), y el Sal 72 termina con un eco de Gn 12:3: «benditas serán en él todas las naciones» (Sal 72:17). La bendición prometida a Abraham converge en el hijo de David. La vocación se quebró en el mismo reinado, cuando el rey se hizo faraón con la leva y, después de orar por las naciones, edificó altares a sus dioses frente a Jerusalén (1 R 11:7), y cuando Jeroboam separó en el norte el sacerdocio de la elección divina. Se preservó, sin embargo, bajo la palabra de los profetas, en la confesión del rey (2 S 12:13) y en un remanente fiel que persistió en ambos reinos. Pocas décadas

después, en el reino del norte, Dios se reserva siete mil que no doblaron la rodilla ante Baal (1 R 19:18), el texto que Pablo citará para afirmar que «ha quedado un remanente escogido por gracia» (Ro 11:4–5).

6. Aporte de la tradición judía

La tradición judía hizo de David el modelo del rey, del penitente y del Mesías esperado, y de Jerusalén el centro de la oración. En el rito babilonio de la Amidá, la bendición 14 pide la reconstrucción de Jerusalén y añade «y el trono de David establece pronto en medio de ella», y la 15 ruega: «Haz brotar pronto el renuevo de David tu siervo, y exalta su poder con tu salvación» (Sacks, 2009). El lenguaje viene de Jer 23:5 (*tsémaj*, «renuevo») y del Sal 132:17, y la petición une, como los profetas, la restauración de Jerusalén y la del trono davídico; en el rito de la tierra de Israel conservado en la Genizá de El Cairo, la bendición de David estaba unida a la de Jerusalén (Elbogen, 1993). La tercera bendición después de comer pide misericordia «sobre Israel tu pueblo, sobre Jerusalén tu ciudad, sobre Sion morada de tu gloria, sobre el reino de la casa de David tu ungido, y sobre la casa grande y santa» (Sacks, 2009), y Berajot 48b atribuye, por tradición, la primera parte a David y la última a Salomón. En Sucot se añade que el Misericordioso levante «la cabaña caída de David» (Am 9:11). La costumbre de orar hacia Jerusalén se apoya en la oración de Salomón (1 R 8:44, 48) y en Daniel (Dn 6:10 [6:11]), y Berajot 30a la ordena en círculos: fuera de la tierra, hacia la tierra; en ella, hacia Jerusalén; en Jerusalén, hacia el templo; en el templo, hacia el santísimo. Yomá 36b discute el orden de la confesión de Yom Kipur a partir de las palabras de Salomón, «pecamos, hicimos lo malo, cometimos impiedad» (1 R 8:47), y el templo que él dedicó, en pie cuatrocientos diez años según el cómputo tradicional (Yomá 9a), se llora el 9 de Av, día en que la Mishná sitúa la caída del Primer y del Segundo Templo (Taanit 4:6; Danby, 1933). La oración que preveía el exilio se volvió, en el exilio, la forma misma de la plegaria judía.

Los rabinos leyeron también el pecado y el cisma. La caída de David sucedió «para enseñar el arrepentimiento al individuo» (Avodá Zará 4b–5a). La esperanza davídica se mantuvo viva en fórmulas cotidianas: «David, rey de Israel, vive y permanece» sirvió como contraseña para anunciar la luna nueva (Rosh Hashaná 25a), y Sanedrín 98b recoge la opinión de que Dios «levantará otro David» (Jer 30:9). La Mishná cuenta a Jeroboam entre los reyes que «no tienen parte en el mundo venidero» (Sanedrín 10:2), y Sanedrín 102a narra que Dios le ofreció pasear en el Edén con él y con el hijo de Isaí si se arrepentía; cuando supo que el hijo de Isaí iría delante, respondió: «Si es así, no quiero». En el cisma veían un orgullo incapaz de aceptar el lugar de la casa de David. Antes del Nuevo Testamento, el *Florilegio* de Qumrán (4Q174) aplicaba ya 2 S 7:11–14 al «Renuevo de David» (צמח דוד) de los últimos días y lo unía a Am 9:11 (Vermes, 2004). Los *Salmos de Salomón*, del siglo I a. e. c., piden «levántales a su rey, el hijo de David» (Sal. Salom. 17:21; Charlesworth, 1985), y el Targum traduce Is 11:1: «saldrá un rey de los hijos de Isaí, y el Mesías será engrandecido de entre los hijos de sus hijos» (Chilton, 1987). Josefo narra esta etapa en *Antigüedades* 7–8; data el comienzo del templo 592 años después del Éxodo (*Ant.* 8.3.1), no 480 como 1 R 6:1, y cita los archivos de Tiro sobre Hiram y Salomón (*Ant.* 8.5.3; *Contra Apión* 1.17–18), una de las pocas fuentes externas, aunque de segunda mano, que mencionan a Salomón (Josefo, 1987).

7. La promesa de restauración

Los textos de esta etapa ponen límite al juicio antes de que el juicio llegue, y los profetas los convertirán en esperanza de reunificación.

Texto	Promesa	Proyección
2 S 7:14–16	Disciplina, pero la <i>jésed</i> no se aparta; casa y trono «para siempre»	Sal 89:30–37 [89:31–38]; Is 55:3; Lc 1:32–33
Sal 132:11, 17	Juramento a David; renuevo y lámpara para el ungido	Jer 23:5; 33:15; Hch 2:30
1 R 8:46–53	Si vuelven de corazón en el cautiverio, Dios los volverá	Dt 30:1–5; Jer 29:12–14; Dn 9:4–19
1 R 11:36, 39	Una lámpara en Jerusalén; afligir «pero no para siempre»	Am 9:11; Os 3:5; Ez 37:22–25; Ro 11:1–2

El Sal 89 deja ver cómo Israel sostuvo la promesa cuando los hechos parecían desmentirla. Recita el pacto, «Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David» (89:35 [89:36]); se queja luego, «Mas tú desechaste a tu ungido [...]; has profanado su corona hasta la tierra» (89:38–39 [89:39–40]), y pregunta: «Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias, que juraste a David?» (89:49 [89:50]). El salmo no resuelve la tensión; la lleva a Dios.

Isaías responde primero con un niño. «Un niño nos es nacido [...]; lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo (לְהַכִּיץ, raíz *kun*) y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre» (Is 9:6–7 [9:5–6]). El contexto es Zabulón y Neftalí, «Galilea de los gentiles» (Is 9:1 [8:23]), las primeras tierras del norte deportadas por Asiria (2 R 15:29), de modo que la luz del hijo de David amanece primero sobre el norte perdido (Mt 4:13–16). Luego responde mirando un árbol cortado. «Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces» (Is 11:1): queda un גִּזְאִי (*guéza*), un tocón, y el profeta nombra a Isaí como si la dinastía tuviera que empezar de nuevo. Ese renuevo será «pendón a los pueblos» (11:10), texto con que Pablo cierra el cuerpo de Romanos según la Septuaginta, ἔσται ἡ ρίζα τοῦ Ἰησοῦ καὶ ὁ ἀνιστάμενος ἄρχειν ἐθνῶν, ἐπ’ αὐτῷ ἔθνη ἐλπιούσιν (Ro 15:12), donde el participio ὁ ἀνιστάμενος, «el que se levanta», evoca la resurrección. El mismo capítulo lo une a la reunión de los dos reinos:

אֶפְרַיִם לֹא יִקְנֵא אֶת־יְהוּדָה וְיְהוּדָה לֹא יִצְרֵא אֶת־אֶפְרַיִם

Juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra. Y se disipará la envidia de Efraín [...]. Efraín no tendrá envidia de Judá, ni Judá afligirá a Efraín.

(Is 11:12–13)

«Los desterrados de Israel» (נִדְחֵי יִשְׂרָאֵל) son el norte, ya deportado en tiempos de Isaías, y «los esparcidos de Judá», el sur; la envidia que separaba a los reinos desde los días de Seba ha de desaparecer, y en ello está la respuesta profética a 1 R 12. En Is 55:3 la promesa a David se ofrece a

todo el pueblo, «haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David», y Pablo cita este texto según la Septuaginta, δώσω ὑμῖν τὰ ὅσια Δαυὶδ τὰ πιστά, como prueba de la resurrección de Jesús (Hch 13:34; cf. Is 16:5).

Jeremías presenció cómo el último rey davídico era cegado y llevado a Babilonia (Jer 52:10–11), y desde ese escenario anuncia:

וְהָקֵמְתִי לְדָוִד צֶמַח צְדִיק וּמֶלֶךְ מִלֶּךְ וְהַשְׁכִּיל

He aquí que vienen días, dice YHWH, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey [...], y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre: YHWH, justicia nuestra.

(Jer 23:5–6)

La salvación que trae el renuevo alcanza a los dos reinos, y su nombre, יְהוָה צְדִיקְנוּ (YHWH *tsidqenu*), contrasta con el del último rey, Sedequías (*Tsidqiyahu*). Jer 33:14–26 ata la promesa a la creación, «Si pudierais invalidar mi pacto con el día y mi pacto con la noche [...], podrá también invalidarse mi pacto con mi siervo David» (33:20–21), y responde a quienes decían que YHWH había desechado «las dos familias que escogió» (שְׁתֵּי הַמִּשְׁפָּחוֹת, 33:24), sean Israel y Judá o Jacob y David: «haré volver a sus cautivos y tendré de ellos misericordia» (33:26). El pasaje falta en la Septuaginta, más breve en Jeremías, pero su contenido coincide con Jer 23:5–6 y 31:35–37, presentes en ambas formas del texto.

Ezequiel anuncia un pastor davídico para el rebaño disperso (Ez 34:23–24) y lleva la reunificación a un gesto. Toma dos palos, uno «para Judá» y otro «para José, palo de Efraín», y los junta en su mano (Ez 37:16–17):

וַעֲשִׂיתִי אֹתָם לְגוֹי אֶחָד בְּאֶרֶץ בְּהָרֵי יִשְׂרָאֵל וּמֶלֶךְ אֶחָד יְהוָה לְכָל־לְמֶלֶךְ

Y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos. [...] Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor [...]. Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos.

(Ez 37:22, 24, 26)

El oráculo revierte 1 R 12: dos reinos vuelven a ser «una nación» bajo «un rey», que es «David», y el pacto perpetuo y el santuario en medio de ellos (37:26–28) retoman 2 S 7 y 1 R 8. Amós, un judaíta que profetizó en Betel, el santuario de Jeroboam (Am 7:10–13), cierra su libro con la promesa: «En aquel día yo levantaré la cabaña caída de David (סֶכֶת דָּוִיד הַנִּפְלֹת) [...], para que posean el resto de Edom y todas las naciones sobre las cuales es invocado mi nombre» (Am 9:11–12). *Sukká* es la palabra de Sucot, la fiesta de la dedicación del templo que Jeroboam copió. Jacobo cita el pasaje en el Concilio de Jerusalén para fundar la entrada de los gentiles (Hch 15:16–17) según la Septuaginta, «para que busquen (ἐκζητήσωσιν) el resto de los hombres», lectura de consonantes casi iguales a «posean el resto de Edom». Oseas, profeta del reino del norte, anuncia que los hijos de Israel estarán mucho tiempo «sin rey, sin príncipe, sin sacrificio», y que «después volverán los

hijos de Israel, y buscarán a YHWH su Dios, y a David su rey» (Os 3:4–5). «Hijos de Israel» designa aquí, en primer término, al norte, cuyo regreso a Dios supone volver también a la casa de David que rechazó en Siquem. Ya en Os 1:11 [2:2] se anuncia que «se congregarán los hijos de Judá y de Israel, y nombrarán un solo jefe». ONE FOR ISRAEL (2025) cuenta este texto entre los que anuncian un regreso futuro del pueblo judío al Mesías.

Pablo recoge estas líneas. Su evangelio trata del Hijo «del linaje de David según la carne» (*ἐκ σπέρματος Δαυὶδ κατὰ σάρκα*, Ro 1:3), «declarado Hijo de Dios con poder [...] por la resurrección de entre los muertos» (1:4), donde se juntan la «descendencia» (*σπέρμα*, 2 S 7:12 LXX) y el «hijo» de 2 S 7:12–14. Cuando pregunta «¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, [...] de la tribu de Benjamín» (Ro 11:1–2), usa el verbo de 1 S 12:22 y Sal 94:14 [93:14] en la Septuaginta, *οὐκ ἀπόσεται κύριος τὸν λαὸν αὐτοῦ*, se identifica con la tribu que permaneció con la casa de David y toma su ejemplo de remanente del reino del norte, Elías. Y cuando escribe «y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador» (*ἔξει ἐκ Σιών ὁ ῥυόμενος*, Ro 11:26; Is 59:20), el Libertador sale de la ciudad de David. Hays (1989) y Wright (2013) muestran que Pablo lee la historia de Israel como una narración sostenida por la fidelidad de Dios, que en esta etapa se llama «las misericordias firmes de David». Lucas lo resume en el anuncio a María: «el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre» (Lc 1:32–33), y «la casa de Jacob» abarca allí al pueblo completo, no solo a Judá. Qué sentido tiene «todo Israel» en Ro 11:26 es la pregunta del Estudio 8, y las distinciones de este estudio serán entonces indispensables.

8. Conclusión y puente al Estudio 5

La unidad de Israel bajo David fue un don frágil, sellado con un pacto en Hebrón y amenazado desde dentro por el grito de Seba, pero Dios levantó sobre ella una promesa que no dependía de ella: una casa «para siempre» y un hijo que podría ser disciplinado sin perder la *jésed*. Cuando Salomón quebró la vocación con la idolatría y el yugo, el juicio llegó acotado desde su primer anuncio; quedó una lámpara en Jerusalén, la aflicción de la casa de David sería «no para siempre», y la oración del templo había previsto ya un pueblo cautivo que vuelve de corazón y es devuelto a su tierra. El hebreo, con su *báyit*, su *kun* y su *shuv*, dio a los profetas el vocabulario de la esperanza. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Amós y Oseas esperan un hijo de David bajo el cual Efraín y Judá vuelvan a ser una nación, y Pablo, benjaminita, proclama a ese hijo de David resucitado antes de preguntarse por «todo Israel».

Antes de que esa reunificación llegue, los dos reinos seguirán caminos distintos. Israel, el reino del norte con capital en Samaria desde Omri, caerá ante Asiria en el 722 a. e. c. y su población será dispersada (2 R 17:6); Judá, el reino del sur con la casa de David, caerá ante Babilonia en el 586 a. e. c., pero volverá. Esos dos destinos, y las promesas de nuevo pacto que los profetas pronuncian en medio de ellos, son el tema del Estudio 5: *los reyes y los cautiverios*.

Preguntas para la reflexión

1. David quiso construir una casa para Dios, y Dios le prometió una casa a él (2 S 7:5, 11). ¿Qué dice ese giro sobre cómo Dios cumple su propósito con Israel?
2. La promesa «para siempre» convive con la disciplina del rey (2 S 7:14) y con el lamento del Sal 89. ¿Cómo se sostiene una promesa cuando los hechos parecen negarla?
3. ¿Qué parte de la división fue responsabilidad de Judá (el yugo de Salomón y Roboam) y qué parte de Israel (norte) (los becerros de Jeroboam)?
4. Pablo se presenta como benjaminita y toma su ejemplo de remanente del reino del norte (Ro 11:1–4). ¿Qué sugiere esto sobre su manera de pensar en «todo Israel»?

Glosario

Ad olam (עַד-עוֹלָם). «Para siempre», tiempo sin límite a la vista. Plazo de la casa y el trono de David (2 S 7:13, 16).

Báyit (בַּיִת). Casa: palacio, templo o dinastía. Palabra clave de 2 S 7.

Bet David (בֵּית דָּוִד). «Casa de David», la dinastía de Judá; *bytdwd* en la estela de Tel Dan.

Efraín (אֶפְרַיִם). Tribu central del norte; en los profetas, nombre del reino del norte (Os 5:3; Is 11:13; Ez 37:16).

Jésed (חֶסֶד). Misericordia leal al pacto; no se apartará del hijo de David (2 S 7:15; Is 55:3).

Kun (כּוֹן). Raíz de «establecer, estar firme»: *najón*, *ve-jonantí* (2 S 7:13, 16), *Yajín* (1 R 7:21).

Nir (נִיר). «Lámpara»: la continuidad de la casa de David en Jerusalén (1 R 11:36).

Shuv (שׁוּב). Volver, convertirse. En 1 R 8:47–48, regreso del corazón y del cautiverio.

Sukkat David (סֻכַּת דָּוִיד). «La cabaña [caída] de David» (Am 9:11; Hch 15:16).

Tsémaj (צִמְחָה). «Renuevo». Título del Mesías davídico (Jer 23:5; 33:15; Zac 3:8) y de la bendición 15 de la Amidá.

Referencias

Alter, R. (1999). *The David story: A translation with commentary of 1 and 2 Samuel*. W. W. Norton.

Biblia Hebraica Stuttgartensia (5.^a ed.). (1997). Deutsche Bibelgesellschaft.

Biran, A., & Naveh, J. (1993). An Aramaic stele fragment from Tel Dan. *Israel Exploration Journal*, 43(2–3), 81–98.

Biran, A., & Naveh, J. (1995). The Tel Dan inscription: A new fragment. *Israel Exploration Journal*, 45(1), 1–18.

Charlesworth, J. H. (Ed.). (1983–1985). *The Old Testament pseudepigrapha* (2 vols.). Doubleday.

- Chilton, B. D. (1987). *The Isaiah Targum* (The Aramaic Bible 11). Michael Glazier.
- Cogan, M. (2001). *1 Kings* (Anchor Bible 10). Doubleday.
- Danby, H. (Trad.). (1933). *The Mishnah*. Oxford University Press.
- Elbogen, I. (1993). *Jewish liturgy: A comprehensive history* (R. P. Scheindlin, Trad.). Jewish Publication Society.
- Epstein, I. (Ed.). (1935–1948). *The Babylonian Talmud*. Soncino Press.
- Finkelstein, I. (1996). The archaeology of the United Monarchy: An alternative view. *Levant*, 28, 177–187.
- Finkelstein, I., & Fantalkin, A. (2012). Khirbet Qeiyafa: An unsensational archaeological and historical interpretation. *Tel Aviv*, 39(1), 38–63.
- Finkelstein, I., Herzog, Z., Singer-Avitz, L., & Ussishkin, D. (2007). Has King David's palace in Jerusalem been found? *Tel Aviv*, 34(2), 142–164.
- Finkelstein, I., Na'aman, N., & Römer, T. (2019). Restoring line 31 in the Mesha Stele: The «House of David» or biblical Balak? *Tel Aviv*, 46(1), 3–11.
- Finkelstein, I., & Silberman, N. A. (2006). *David and Solomon: In search of the Bible's sacred kings and the roots of the Western tradition*. Free Press.
- Garfinkel, Y., Kreimerman, I., & Zilberg, P. (2016). *Debating Khirbet Qeiyafa: A fortified city in Judah from the time of King David*. Israel Exploration Society.
- Hays, R. B. (1989). *Echoes of Scripture in the letters of Paul*. Yale University Press.
- Josefo, F. (1987). *The works of Josephus* (W. Whiston, Trad.). Hendrickson.
- Kitchen, K. A. (1986). *The Third Intermediate Period in Egypt (1100–650 BC)* (2.^a ed.). Aris & Phillips.
- Kitchen, K. A. (2003). *On the reliability of the Old Testament*. Eerdmans.
- Lemaire, A. (1994). «House of David» restored in Moabite inscription. *Biblical Archaeology Review*, 20(3), 30–37.
- Mazar, A. (2010). Archaeology and the biblical narrative: The case of the United Monarchy. En R. G. Kratz & H. Spieckermann (Eds.), *One God – one cult – one nation: Archaeological and biblical perspectives*. De Gruyter.
- Mazar, E. (2006). Did I find King David's palace? *Biblical Archaeology Review*, 32(1).
- McCarter, P. K. (1984). *II Samuel* (Anchor Bible 9). Doubleday.
- Monson, J. (2000). The new 'Ain Dara temple: Closest Solomonic parallel. *Biblical Archaeology Review*, 26(3).
- Novum Testamentum Graece* (28.^a ed.). (2012). Deutsche Bibelgesellschaft.
- ONE FOR ISRAEL Ministry. (2025, 3 de julio). *What does «all Israel will be saved» mean in Romans 11?* <https://www.oneforisrael.org/what-does-all-israel-will-be-saved-mean-in-romans-11/>

- Rahlfs, A., & Hanhart, R. (Eds.). (2006). *Septuaginta* (ed. rev.). Deutsche Bibelgesellschaft.
- Sacks, J. (Trad.). (2009). *The Koren Siddur*. Koren Publishers.
- Thiele, E. R. (1983). *The mysterious numbers of the Hebrew kings* (ed. rev.). Zondervan.
- Vermes, G. (2004). *The complete Dead Sea Scrolls in English* (ed. rev.). Penguin.
- Wright, N. T. (2013). *Paul and the faithfulness of God*. Fortress Press.
- Yadin, Y. (1958). Solomon's city wall and gate at Gezer. *Israel Exploration Journal*, 8(2), 80–86.